

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

LONDRES, 13 de Abril de 1991.

Al dirigirme a ustedes este día, debo confesar que embarga mi espíritu un sentimiento de profundo recogimiento y respeto. Tengo el honor de ser recibido no sólo por una de las más antiguas y venerables universidades inglesas, sino al mismo tiempo por una institución cuyo nombre ha brillado una y otra vez en el largo proceso histórico de crecimiento y enriquecimiento de la cultura de occidente.

Se trata de una cultura que en los siglos más recientes se ha constituido en una parte esencial del patrimonio de toda la humanidad, adquiriendo un valor universal. La influencia de los ideales éticos y estéticos que plasmaron en la obra de un John Milton o de un William Wordsworth sin duda desbordan con creces los confines de esta isla y de los pueblos de habla inglesa. Las revoluciones científicas desencadenadas por Sir Isaac Newton o por Charles Darwin cambiaron la faz del planeta y siguen influyendo hoy en la vida de las más diversas naciones. Ellos son sólo algunos de los ilustres hijos de esta augusta institución de educación superior.

Sintiendo el peso de la responsabilidad que significa ser invitado como Presidente de la República de Chile, responsabilidad acrecentada por la visión de esa tradición sedimentada a través de siglos en estos edificios y recintos, me he preguntado cómo podría contribuir hoy a enriquecer vuestra experiencia.

Al meditar sobre esa pregunta, advierto que la historia reciente de mi pueblo, sus luchas por reconquistar una democracia que tradicionalmente le pertenecía y sus esfuerzos de hoy por consolidarla, encierran un sentido que posee resonancias universales. La mejor contribución que puedo hacer frente a ustedes reside en clarificar ese sentido y señalar cuál es, a mi juicio, ese valor universal.

No es mi intención postular la gesta cívica a través de la cual el pueblo de Chile recuperó su libertad y su derecho a construir una sociedad orientada por los valores de la paz y la justicia, como un modelo que otras naciones deban imitar.

Tampoco creo que lo más valioso de nuestra experiencia resida en ser un caso interesante para el estudioso de las transiciones a la democracia.

Lo que hay de perenne en la historia chilena de los últimos años debe verse en la opción moral que ha hecho nuestro pueblo, opción que ha inspirado sus esfuerzos y sacrificios y que sólo se explica a partir de una comprensión colectiva de la democracia, fuertemente enraizada en nuestras tradiciones, lo que le otorga un sentido ético profundo cuyas resonancias son tanto cívicas como sociales.

Los rasgos más sobresalientes de nuestro proceso de transición y consolidación de la democracia, encuentran su explicación en características esenciales de la vida nacional, forjadas a lo largo de la historia patria.

Sin duda, la transición chilena exigió cambios profundos en el pensamiento y actitudes de los chilenos, cambios que tuvieron origen en los desafíos planteados por dieciséis largos años de autoritarismo y en las lecciones que los chilenos extrajimos del quiebre institucional de 1973.

Pero la forma en que el pueblo de Chile asimiló esos desafíos y lecciones está íntimamente ligada a los rasgos más permanentes de la cultura nacional.

Entre esos rasgos sobresale el valor que desde muy temprano adquirió en Chile la idea democrática. Los historiadores concuerdan en que el Estado nacional se consolidó en Chile muy tempranamente, luego de la emancipación, lo que permitió la existencia de mecanismos eficaces para una resolución pacífica de los conflictos de poder dentro de un estado de derecho.

Tan importante como lo anterior es el hecho de que la organización democrática de la vida política durante el siglo XIX, pese a las limitaciones que caracterizaron durante ese período a la democracia en el mundo entero, permitió formas de participación ciudadana que fueron conformando una auténtica cultura de valores cívicos, crecientemente más difundida y enraizada en la sociedad.

Esa cultura hizo posible que el país enfrentara con relativa flexibilidad los desafíos económicos y sociales que planteaba la progresiva inserción de Chile en el mundo. Ella demostró su vigor con ocasión del conflicto fratricida que asoló al país en 1891. Fue su existencia la que permitió superar rápidamente las fracturas legadas por la guerra civil.

Ese vigor se manifestó nuevamente en la breve etapa de inestabilidad política y autoritarismo que tuvo lugar entre 1924 y 1932, asociada a una situación de cambio social acelerado y a la crisis económica mundial que azotó a Chile con inusitada fuerza.

Superada esa etapa, nuestra democracia y esa cultura de valores cívicos asociada a ella, reguló la vida política nacional hasta 1973, proporcionando un cauce para el desarrollo de un dinamismo social y económico cuya envergadura era inédita en la historia de la república.

Durante el período autoritario iniciado en 1973, esa cultura no perdió su fuerza ni su enraizamiento en la sociedad. Testimonio de ello es que, desde muy temprano, los ideales democráticos se hicieron presentes en una gran diversidad de fenómenos sociales y culturales.

Estos fenómenos fueron una clara prueba de que la historia nacional no había transcurrido en vano. Las instituciones republicanas, tan duramente criticadas en esos años, habían ido sedimentando en la sociedad el ideal de un clima de libertades como un valor permanente de la convivencia entre los chilenos. Ese valor fue capaz de mantenerse sobre sus propios pies, aún en una situación donde el viento de la historia parecía haber barrido para siempre con él.

Con timidez al comienzo, pero con creciente pujanza y perseverancia después, florecieron múltiples iniciativas protagonizadas por artistas, dirigentes sociales, sacerdotes, intelectuales organizados en centros independientes, juristas, periodistas, militantes políticos de base, sindicalistas y miles de chilenos de las más diversas condiciones, a los que unía la aspiración a desembarazarse de la opresión autoritaria y recuperar para Chile y su gente las libertades de que tradicionalmente habían gozado.

Este movimiento, surgido desde el seno mismo de la sociedad civil, cuyos protagonistas se expusieron a los peligros ciertos que significaba la represión autoritaria, pagando a veces aún con la vida, el exilio, la prisión y la tortura su coraje cívico, hace patente un primer aspecto primordial de ese sentido ético en el que se sustenta nuestra manera de concebir la democracia. Para el pueblo de Chile, la dignidad humana es consustancial con las libertades públicas.

Como bien se sabe, nuestra lucha estuvo especialmente orientada hacia la defensa de los derechos humanos. Buscamos conquistar la democracia porque sabíamos que sólo su pleno imperio permite la vigencia y tutela efectiva de los derechos básicos inherentes a la persona. Nuestra lucha no fue una mera respuesta instintiva a la opresión autoritaria. Desde sus inicios adquirió su pleno sentido y su más cabal legitimidad por referencia a este ideal. Esa fue la actitud de la abrumadora mayoría de los chilenos. Y es digno de destacar que en esa labor la acción perseverante y sistemática que realizó la Iglesia Católica de nuestro país.

Para los chilenos es imposible construir la democracia a

través de medios moralmente incompatibles con ella. La progresiva realización de la dignidad humana jamás se alcanza por métodos que niegan esa dignidad. Ese fue el principio que orientó nuestra lucha antiautoritaria y que guía hoy nuestra acción de gobierno. No creemos en el Maquiavelismo político, ni pensamos que ningún fin, por moral que sea, justifica el empleo de medios inmorales. Este es el principio que inspira la solución que hemos propuesto al país para el problema de las graves violaciones a los derechos humanos cometidas en el pasado, convencidos de que sólo por ese camino podremos responder a las exigencias de la conciencia nacional.

Al asumir el actual gobierno, en Marzo de 1990, la conciencia moral de la Nación exigía el esclarecimiento de la verdad en esta materia, que se hiciera justicia en la medida de lo posible, para arribar finalmente a la hora del perdón.

Con el fin de esclarecer la verdad, constituí el año pasado una comisión integrada por hombres y mujeres de gran probidad y espíritu cívico. Después de arduos meses de trabajo, ellos presentaron un Informe que puse en conocimiento del país el mes pasado. La verdad que ese informe revela ha causado un gran impacto en la conciencia nacional. Chile y su gente cuentan hoy día con una verdad compartida, dolorosa pero necesaria.

Chile está en deuda con las víctimas y sus familiares. Debe restituirles la dignidad que perdieron y que por tanto tiempo les fue negada. Consecuente con esta obligación, mi gobierno ha enviado al Parlamento iniciativas de ley que atienden a la reparación moral de las víctimas y sus familiares.

Resta el problema de la justicia. Desde un comienzo, mi gobierno y los partidos que lo apoyan rechazamos toda vía incompatible con los principios básicos en que se fundamenta la democracia. Chile respeta el principio de la separación de los poderes del Estado. En consecuencia, sobre el Poder Judicial chileno descansa la responsabilidad de progresar en el camino de la justicia. Mi gobierno empleará sus legítimas prerrogativas en cooperar en este empeño.

La vigencia de las libertades y el respeto a los derechos humanos son partes esenciales de ese sentido ético a partir del cual los chilenos entendemos colectivamente la democracia, sentimiento común que no admite excusas para la violencia con que pequeños grupos extremistas están tratando de perturbar nuestro proceso, mediante crímenes que suscitan general reprobación. Haremos todo lo necesario para erradicar cualquier brote terrorista.

Un eminente estadista británico, con el que ciertamente la causa de la democracia guarda una deuda profunda, acuñó una frase que ha dado la vuelta al mundo: "la democracia es el peor sistema de gobierno en el mundo, con excepción de todos los demás". No ignoro que Sir Winston Churchill, además de sus otras dotes geniales, estaba dotado de una gran ingeniosidad y un sentido del

humor poco común. Entiendo que con esa caracterización quería subrayar un aspecto primordial de la democracia. Independientemente del desempeño de los gobiernos que en ella se alternan y del contenido de sus acciones, la democracia es el único sistema que proporciona al pueblo recursos suficientes para defenderse de los abusos del poder y preservar sus libertades. Entiendo también que quería destacar la necesaria imperfección de toda conducta humana y la consiguiente necesidad de erigir instituciones que prevengan los riesgos inherentes a esa falibilidad y finitud que nos es propia.

Este significado es expresión de algo muy profundo: que para el sentir mayoritario de mis compatriotas, el ideal democrático posee una clara connotación de justicia social. Para el pueblo de Chile y su gente, democracia significa tanto libertad como justicia social. Este es un hecho colectivo, que otorga al país la capacidad de movilizar el entusiasmo y la energía de toda la nación a partir de la visión de una sociedad mejor y más justa.

En los últimos años, mi país ha experimentado un crecimiento económico y modernizaciones importantes. Sin embargo, esta situación positiva coexiste con la presencia de desigualdades muy profundas. Si éstas persisten, corremos el riesgo de consolidar dos países distintos y antagónicos. Uno, el Chile de los que tienen acceso a la modernidad y a los frutos del crecimiento. Otro, el de los marginados, socialmente excluidos de la vida moderna, convertidos en una carga para la sociedad.

Para nosotros, la tarea de avanzar hacia una mayor justicia social, es consustancial con el perfeccionamiento democrático. Y entendemos muy bien que, para ser eficaces, esta tarea debe cumplirse simultáneamente con un proceso sostenido de crecimiento económico. Estamos empeñados en enfrentar ambos desafíos.

Reconocemos que el motor primordial del crecimiento reside en la empresa privada. El rol del Estado ha experimentado una redefinición necesaria. Esto es cierto en Chile y el resto del mundo. Es por ello que mi gobierno busca consolidar un Estado democrático que regule la actividad del mercado mediante normas generales, de aplicación universal. Hoy en día, la economía chilena es una economía abierta, y se mantendrá así porque los chilenos sabemos que, en las actuales condiciones del mundo, esa es la mejor estrategia para lograr un crecimiento sostenido.

Pero es evidente que no es posible crecer sin avanzar a la vez hacia mayor equidad. Para crecer se necesita trabajo, disciplina, perseverancia, voluntad de emprender y cohesión social. Ello sólo se consigue en un clima de justicia social, donde todos se sientan partícipes no sólo del esfuerzo, sino también de los frutos que ese esfuerzo va rindiendo.

- 6 -

Para los chilenos, el ideal democrático significa muchas cosas. En él han depositado tradicionalmente sus más caros anhelos. Por eso, nuestro desafío consiste no sólo en consolidar

las instituciones políticas propias de la democracia. Debemos ser capaces de responder a las exigencias de un ethos democrático que conjuga las libertades políticas tradicionales con el respeto a los derechos humanos y con la equidad en las relaciones económicas y sociales.

Ese ethos se asienta en las tradiciones más fundamentales de la nación. Es por ello que podría decirse que quizás él constituya una singularidad histórica. No obstante, pienso que en estos tiempos, ya de cara al siglo XXI, en que crecientemente la política tiende a ser vista bajo un prisma unilateral de mero instrumento, nuestra experiencia puede contribuir a enriquecer el concepto de democracia.

La democracia requiere de la vigencia estable de ciertas instituciones y formas jurídicas, pero los pueblos se movilizan y dan inicio a sus gestas cívicas en pos de ella animados por esos sentidos éticos más profundos que la democracia ha tenido y tiene en nuestro país. La lección más universal que se puede extraer de la experiencia chilena es que le hacemos un flaco favor a la democracia al despojarla de esos significados éticos positivos y más complejos que son la fuente de inspiración de su conquista y consolidación en Chile.

En armonía con ese ethos, consolidar la democracia chilena significa poner las bases que hagan del pueblo de Chile una sociedad optimista que, al mirar con confianza el futuro personal y nacional, se moviliza con entusiasmo en pos de la idea de una buena vida humana para todos, de un país más libre, más justo y más próspero. Ese es nuestro empeño y tengo la firme convicción que lo lograremos.

* * * * *

LONDRES, 13 de Abril de 1991.

M.L.S.